

EL RENACIMIENTO

En las cronologías más restringidas, el Renacimiento abarca un par de siglo: del XIV al XVI, y en algunas naciones se prolonga incluso hasta el siglo XVII. Suelen señalarse como acontecimientos destacados para este cambio de época: la invención de la imprenta (1443), la caída de Constantinopla con el fin del Imperio bizantino (1453), el descubrimiento del Nuevo Mundo (1492), el comienzo de la Reforma protestante con Martín Lutero (1517), la apertura del Concilio de Trento (1545).

Cada nación particular vincula su Edad Moderna a algún suceso nacional: Alemania al advenimiento de la casa de Austria (1438); Francia al de Luis XI (1461); España al de los Reyes Católicos (1474) o a la conquista de Granada por los Reyes Católicos (1492), que coincide con el descubrimiento de América; Inglaterra al de la casa Tudor (1485). Pero todas estas fechas coinciden en no prolongar la Edad Media más allá del siglo XV.

En cuanto a la filosofía, algunos proponen como fecha la muerte del cardenal de Cusa (1464), Nicolaus von Kues o Nicolás de Cusa (1401- 464), teólogo y filósofo, considerado el padre de la filosofía alemana y personaje clave en la transición del pensamiento medieval al del Renacimiento, uno de los primeros filósofos de la modernidad. En la figura de El Cusano concurren su vinculación a la Edad Media y su significado humanista.

Las interpretaciones y los juicios acerca del hecho renacentista han solido adolecer de parcialidad. Muchas interpretaciones enjuician el Renacimiento a la luz del desarrollo posterior de la filosofía y de la ciencia, un desarrollo que ya estaba latente en el pensamiento renacentista.

Para Goethe, Hölderlin y Hegel el Renacimiento significó la vuelta al ideal pagano del hombre anterior al cristianismo: retorno a la naturaleza, sentimiento de la belleza, exaltación de la alegría de vivir.

Jakob Burckhardt (1818-1897) no distingue entre Humanismo y Renacimiento y presenta el Renacimiento como un salto brusco y ruptura con la Edad Media: el naturalismo pagano triunfa sobre el sobrenaturalismo del cristianismo medieval.

Muchos de estos autores enjuician, de forma un poco anacrónica, el Renacimiento a la luz de los prejuicios del librepensamiento y de la Ilustración. En el siglo XIX algunos historiadores protestantes se desmarcan de la interpretación de Burckhardt y vinculan el Renacimiento más con la Edad Media que con la antigüedad pagana.

EL HUMANISMO

Etimológicamente, "humanismo" proviene de "humano", lo mismo que "humanidad", "humanidades", "humanista". La palabra "humanitas" aparece ya en Aulio Gelio y Cicerón. "Humanista" y "humanidades" se empleaba corrientemente en los siglos XV y XVI.

El humanismo renacentista fue una actividad de reforma cultural y educativa ejercida por rectores, coleccionistas de libros, educadores y escritores civiles y eclesiásticos, que a finales del siglo XV comenzaron a ser llamados, en italiano, *umanisti* (humanistas). Fue una respuesta a la educación universitaria escolástica, dominada entonces por la filosofía y lógica aristotélicas. La escolástica se enseñaba como preparación para ser médicos, abogados o teólogos profesionales y se les enseñaba lógica, filosofía natural, medicina, derecho y teología.

Los humanistas reaccionaron en contra de este enfoque utilitario y la pedantería estrechamente asociada a él. Se trató de crear una ciudadanía (con frecuencia incluidas las mujeres) capaz de hablar y escribir con elocuencia y claridad y por lo tanto capaz de participar de la vida cívica de sus comunidades y persuadir a otros a acciones virtuosas y prudentes. Esto llevó al fomento de las "humanidades" (*studia humanitatis*): gramática, retórica, historia, poesía y filosofía moral. Como un programa para revivir el legado cultural (especialmente el literario) y la filosofía moral de la antigüedad clásica, el humanismo fue una forma de cultura ubicua y no el programa de unos pocos genios aislados como Rabelais o Erasmo.

El humanismo significa ante todo el movimiento de retorno a la cultura antigua, el cultivo de las "humanidades" y la literatura greco-latina. Los primeros humanistas distinguían entre las letras *humanas* y las *divinas* (la Escritura y la teología).

El movimiento de estima hacia la cultura de la antigüedad comienza con Petrarca en la corte pontificia de Aviñón, de donde los Papas retornan a Roma en 1377. Se desarrolla brillantemente en la Italia del siglo XV, y se extiende rápidamente por Francia, Alemania, Inglaterra, Países Bajos y España en el siglo XVI.

El término "humanidades" tiene en el humanismo un sentido más restringido que el que había tenido en la antigüedad romana, pues no abarca el cultivo de todas las artes liberales, sino que quedan reducidas a las disciplinas del *Trivium* medieval, con preponderancia de la gramática y la retórica sobre la dialéctica. Estos humanistas eran ante todo gramáticos y filólogos que conocían el latín y el griego y podían disfrutar de los textos originales.

Los historiadores de mediados del siglo XIX comenzaron a emplear la palabra "humanismo" en un sentido que "humanidades" y "humanitas" no habían tenido en el Renacimiento. Estos historiadores señalan como nota característica del Renacimiento no solo el cultivo de las letras greco-latinas,

sino la exaltación de la naturaleza. Desde entonces se da al "humanismo" un sentido puramente naturalista, resaltando la contraposición entre el nombre puramente natural frente al concepto sobrenaturalista cristiano y medieval. Posteriormente, el significado de "humanismo" se ha ampliado hasta designar el modo peculiar de comportarse el hombre en cuanto tal.

«Pero no hay que olvidar el influjo que el pensamiento cristiano medieval siguió teniendo, implícita o explícitamente, en muchas de las mejores manifestaciones del Humanismo renacentista. No se trata de una simple vuelta –imposible– a la antigüedad greco-romana, sino del desarrollo de principios que venían preparados por muchos siglos de cristianismo. En el concepto renacentista de la dignidad del hombre es difícil reconocer el hombre auténticamente pagano, sino el enriquecido por otros elementos muy superiores y específicamente cristianos. [...]

La Edad Media no ignoró la antigüedad, y, por tanto, el "descubrimiento" no es un hecho exclusivo del Renacimiento. Después de la invasión de los bárbaros nunca dejaron de cultivarse del todo los estudios de latinidad, gramática y retórica, herencia de las escuelas romanas. Toda la Edad Media es una serie continuada de esfuerzos de recuperación de la antigüedad, o, si se quiere, una serie de "renacimientos" parciales. [...]

En realidad, la mayor parte de los humanistas fueron menos paganos de lo que ellos pensaban o deseaban. El retorno al paganismo no podía realizarse sino a costa de la negación del cristianismo, y no es fácil arrancar de golpe raíces muchas veces seculares, que retoñan con vigor aun mezcladas con elementos contrarios. No es exacto personificar el Renacimiento en unos cuantos humanistas pedantes, orgullosos, paganizantes y semidescreídos.» [Guillermo Fraile: *Historia de la filosofía III – del Humanismo a la Ilustración*. Madrid: BAC, 1966, p. 25; 33 y 46]

La invención de la imprenta por Juan Guttenberg y su sucesor Pedro Schöffer, entre 1450-1455) tuvo suma importancia para la publicación de textos a precios asequibles. En manos de los humanistas, la imprenta se convirtió en un instrumento efficacísimo para la difusión de la cultura. Hasta entonces la enseñanza había sido oral o difundida por los copistas de manuscritos. La imprenta, junto con el grabado en cobre y madera, significó una profunda revolución. Se abren imprentas por todas partes. En España se multiplicaron las imprentas, no solo en las ciudades con universidad sino hasta en villas de escasa importancia. Los impresores solicitaron la colaboración de los mejores humanistas para realizar sus ediciones de obras griegas y latinas.

Nota característica renacentista fue la pasión por los libros. Se erigen suntuosas bibliotecas para dar alojamiento a los tesoros literarios rescatados del olvido. Muestra de la difusión de la cultura es la multiplicación de centros docentes superiores. En España se fundan veinte universidades nuevas entre 1400 y 1500. En 1619, junto a las universidades

mayores de Salamanca, Alcalá y Valladolid y menores, se contaban en España 32 universidades y 4.000 estudios de gramática.

«El carácter del humanismo es preferentemente literario. Desplegaron una actividad prodigiosa en la recuperación de textos de la antigüedad. Hicieron versiones esmeradas y excelentes ediciones. Pero no han dado muestra de inquietud filosófica. Sus preocupaciones son ante todo de orden estético, literario, gramatical y filológico, sin tocar apenas los problemas filosóficos. No sintieron interés por los temas del pensamiento. Los pocos que abordan los tratan con la misma elegante frivolidad que cualquier asunto ligero de literatura. En el fondo les interesaba más la belleza de la forma. Les encantaban las frases felices y paladeaban la gracia de un soneto. Pero sus escritos suenan irremediablemente a retórica un poco hueca, postiza y amanerada. Todos valen más como críticos que como constructores.»
[Fraile, 1966: 95]

El humanismo perderá su papel específico al convertirse en factor de cultura general universitaria, pero en el terreno religioso quedará triturado entre la Reforma y la Contrarreforma. Esto queda personificado en Erasmo de Róterdam.

RENACIMIENTO – HUMANISMO – REFORMA

«La grandiosa idea medieval de la Cristiandad, basada en la cooperación armónica entre los poderes supremos, el Imperio en lo temporal y el Pontificado en lo espiritual, se convierte definitivamente en un sueño irrealizado e irrealizable. Desde el siglo XII, el régimen feudal había entrado en franca decadencia. El descubrimiento de la pólvora revolucionó el arte de la guerra. La artillería acabó con la orgullosa inexpugnabilidad de los castillos. La ciudad prevalece sobre el campo, lo urbano sobre lo rural, las catedrales sobre las abadías, las lonjas sobre los castillos y las universidades sobre las escuelas de los monasterios.

Las ciudades aumentan su riqueza con el desarrollo del comercio, y compran o conquistan privilegios con que se emancipan del dominio de los antiguos señores. Frente a la aristocracia de la sangre se consolida la burguesía como una nueva clase social, cuyo influjo se basa en el poder de la riqueza y el dinero. Comienza a aparecer el capitalismo, revolucionando las antiguas estructuras económicas. Hasta los reyes y los emperadores se ven precisados muchas veces a solicitar préstamos de los grandes banqueros, los Fugger de los Países Bajos, los Peruzzi o los Médicis de Florencia.

Los pueblos o las “naciones” procedentes de la Edad Media se organizan en Estados, que tienden a consolidar y estructurar su unidad interior, y en el exterior a conseguir la autonomía completa respecto de cualquier dependencia civil o eclesiástica. Se consolidan las monarquías absolutas, prevaleciendo la centralización del poder sobre la disgregación de la aristocracia y los señoríos feudales. El principio de jerarquía se sustituye

por el del equilibrio entre las grandes potencias, y el Imperio queda relegado a la categoría de un mito inoperante, sin efectividad en el orden político.

El influjo espiritual de los Papas salió quebrantado de las luchas contra el poder temporal de los reyes y emperadores. Un signo de los tiempos que se avecinan es que, en las controversias entre los canonistas pontificio contra los legistas reales, no siempre llevaron la mejor parte los primeros.

Desde el siglo XV se multiplican vertiginosamente los grandes descubrimientos geográficos con el descubrimiento de la brújula (conocida desde el siglo XII). El descubrimiento del Nuevo Mundo tardó un poco en ejercer influjo en el orden político y económico. El centro comercial se desplazó de este a oeste, del Mediterráneo al Atlántico. [...]

En los centros universitarios oficiales se prolongan las escuelas filosóficas que se consolidaron a partir del siglo XIII: tomismo, bonaventurismo, escotismo, averroísmo. Durante los siglos XIV y XV prevalece la corriente nominalista, y aunque decae a principios del XVI, no será sin que muchas de sus doctrinas más características, y sobre todo su espíritu y orientación, se transmitan al racionalismo cartesiano y al empirismo inglés, prolongando su influjo, más o menos larvado, pero real y efectivo en la filosofía moderna hasta Kant y en muchos aspectos hasta nuestros días.

El movimiento humanista salta a primer plano a mediados del siglo XV, constituyendo, dentro de su carácter un poco difuso e indefinido, un nuevo clima espiritual, un ambiente muy distinto del anterior. El movimiento humanista no nace en las universidades, anquilosadas en sus viejos programas de estudios, sino más bien al margen de ellas, promovido y alentado por una minoría de individualidades selectas, dispersas o agrupadas en academias, y protegido por la generosidad de mecenas particulares.

Lo mismo que las ciencias naturales, las cuales, más que en los centros oficiales, se desarrollarán en virtud del esfuerzo de personalidades aisladas y de aficionados, con independencia y, a veces, sufriendo la hostilidad de la enseñanza reputada tradicional.

La recuperación de la cultura antigua abrió el camino para lo que se ha llamado "el descubrimiento del hombre", para una consideración puramente naturalística de la realidad, cada vez más desligada de los dogmas cristianos.

Sería un error identificar el Renacimiento con el movimiento humanista, y mayor aún atribuir al Humanismo el papel de comienzo de la filosofía moderna, ni en su sentido de recuperación de la cultura clásica ni si quiere en el más concreto del sentimiento naturalista del "descubrimiento de la naturaleza" y del hombre. El Humanismo no pasa de ser un episodio brillante, pero de alcance muy limitado. Con Humanismo o sin él, la marcha del pensamiento moderno habría seguido un desarrollo muy parecido.

La revolución protestante brota dentro del campo cristiano como una reacción contra la corrupción interior y con el pretexto de un retorno a un cristianismo más puro, más íntimo y espiritual, revalorizando la “palabra de Dios” frente a las “opiniones de los hombres”, prescindiendo de la pompa exterior de los ritos y ceremonias y desligándose de las trabas del régimen eclesiástico.

Su resultado, en lugar de una verdadera reforma, fue la escisión de la Cristiandad en una multitud de sectas hostiles, que rompieron la unidad religiosa medieval y acabaron por disgregar la unidad espiritual de Europa con su secuela de luchas doctrinales y políticas, muchas veces sangrientas.

La corriente neoplatonizante de los neoplatónicos florentinos, franceses, ingleses y los mismos protestantes alemanes, penetra profundamente en la Edad Moderna, siendo uno de los factores decisivos que darán carácter a la filosofía idealista del siglo XIX, incluso en sus derivaciones más insospechadas, como, por ejemplo, el marxismo.» [Guillermo Fraile: *Historia de la filosofía III – del Humanismo a la Ilustración*. Madrid: BAC, 1966, p. 4 ss]

LA REFORMA PROTESTANTE

La Reforma protestante (1517-1648) se refiere a la amplia revuelta religiosa, cultural y social de la Europa del siglo XVI que rompió el yugo de la Iglesia medieval, permitió el desarrollo de interpretaciones personales del mensaje cristiano y condujo al desarrollo de las naciones-estado modernas.

La “Reforma protestante” o “Revolución protestante” como movimiento religioso del siglo XVI fue liderada por los teólogos Martín Lutero (1438-1546) y Juan Calvino (1509-1564).

La Reforma surgió como consecuencia del descontento que generaba el modo en que la Iglesia Católica administraba la religión. Se revisaron los preceptos católicos elementales de las Sagradas Escrituras y se transformó la práctica religiosa en varios aspectos.

Su hecho inicial fue la escritura y divulgación de las “noventa y cinco tesis” de Lutero en 1517, texto en el que criticaba la venta de indulgencias por parte de la Iglesia Católica para reunir fondos y construir la Capilla Sixtina. Lutero sostenía que se debía reformar la iglesia actual para retomar la práctica original de la fe cristiana, que se había perdido por la corrupción de los poderes del papado.

Los príncipes de los estados alemanes apoyaron las denuncias de Lutero a través de la firma de la Protesta de Espira, en la que se negaban a someterse al poder del papa católico.

Desde entonces, diferentes clérigos y gobernantes de otras partes de Europa se unieron al movimiento reformista y organizaron sus propias iglesias cristianas. En otros casos, apoyaron al papado y al movimiento de Contrarreforma.

La Reforma Protestante propone retomar el espíritu "original" del cristianismo, de que el catolicismo se había apartado. No reconoce la autoridad papal ni eclesiástica para definir a la fe cristiana.

Considera que solo a través de las Sagradas Escrituras se puede comprender la verdad de Dios. Insta a la traducción de la biblia a diferentes idiomas y a su lectura e interpretación por los clérigos y creyentes.

Sostiene que la fe es el único camino de salvación de las almas. Las indulgencias y los perdones que otorgaban los sacerdotes no tenían el respaldo del poder divino.

Denunció la corrupción y el comportamiento de muchos de los sacerdotes católicos. Los protestantes criticaron sus privilegios civiles y aseguraron que los sacerdotes no están más cerca de Dios que el resto de los creyentes. Además, suprimieron las jerarquías eclesiásticas y sostuvieron que Jesús fue el único intermediario entre el individuo y Dios.

Resaltó la importancia del bautismo y la eucaristía, y eliminaron el resto de los sacramentos.

Sentó las bases para la división de la iglesia. Propuso diferentes formas de interpretar la fe y la práctica cristiana; la Iglesia luterana, el anglicanismo, el calvinismo y otras reformas "radicales".

Martín Lutero, fundador de la doctrina luterana, no solo fue un crítico del catolicismo, sino también un importante traductor de la Biblia al alemán, versión que se estableció como modelo para la traducción del texto sagrado a lengua germana. Se casó con Catalina de Bora en 1525, lo que inició un movimiento de apoyo al matrimonio sacerdotal.

Juan Calvino fue otro de los grandes reformistas protestantes, el autor de una serie de doctrinas que luego fundaron el "calvinismo", contrapuestas a las del protestante neerlandés Jacobo Arminio. Fue el creador de la Biblia de Ginebra en 1564, así como de La Institución de la Religión Cristiana, de 1536.

Ulrico Zuinglio, líder de la reforma protestante en Suiza, fue también el fundador de la Iglesia Reformada Suiza, y estudió las Sagradas Escrituras desde un punto de vista fuertemente influenciado por el Humanismo. Sus conclusiones, similares a las de Lutero, fueron obtenidas de manera independiente, y entre 1524 y 1529 tradujo la Biblia al alemán, con marcadas características suizas. Este texto es conocido como la Biblia de Zurich.

Jacobo Arminio fue un importante teólogo protestante neerlandés y fundador de la escuela protestante anticalvinista, y su legado fue importante para el surgimiento del metodismo: El denominado movimiento metodista tiene sus orígenes en Inglaterra, cuando un grupo de cristianos encabezados por John Wesley, su hermano más joven Charles Wesley y George Whitefield buscaban la forma de renovar la Iglesia de Inglaterra en el siglo xviii, por medio de un estudio centrado en la Biblia, un acercamiento

metódico a las Escrituras y la relación e impacto de estos con la vida cotidiana del creyente.

LA CONTRARREFORMA

El proceso de Contrarreforma o Reforma católica se inicia con el Concilio de Trento (1545-1563) y fue la respuesta de la Iglesia católica a la Reforma protestante de Martín Lutero (1483-1546), que había criticado a la Iglesia. Abarca desde el Concilio Ecuménico de Trento en 1545 hasta el fin de la guerra de los Treinta Años, en 1648, con la paz de Westfalia que ponía fin a la más importante de las guerras de religión en Europa.

Para Martín Lutero la Iglesia había perdido la visión de varias verdades centrales que el cristianismo enseñaba en las Escrituras, sobre todo la doctrina de la justificación solo por la fe. Afirmaba que el arrepentimiento establecido por Cristo, por el que los pecados serían perdonados, implica un arrepentimiento espiritual interno en lugar de simplemente una confesión sacramental externa.

Las indulgencias incitaban a los cristianos a evitar el verdadero arrepentimiento y la aflicción por el pecado, creyendo que podían renunciar a estos comprando una indulgencia en forma de bula: Documento pontificio relativo a materia de fe o de interés general, concesión de gracias o privilegios o asuntos judiciales o administrativos, expedido por la Cancillería Apostólica y autorizado por el sello de su nombre u otro parecido estampado con tinta roja.

Los objetivos de la contrarreforma fueron renovar la Iglesia y evitar el avance de las doctrinas protestantes:

Reestructuración eclesiástica, con la fundación de seminarios.

Reforma de las órdenes religiosas, haciéndolas volver a sus orígenes tradicionales.

Vigilancia de los movimientos espirituales, centrándolos en la vida piadosa y en una relación personal con un sacerdote, y este, con Cristo.

Creación de la Inquisición romana y gestión de esta.

La iglesia, encabezada por el Papa, organizó la "Contrarreforma", el movimiento teológico que legitimaba las acciones tradicionales y su organización eclesiástica.

Los reformistas fueron perseguidos por la Santa Inquisición Católica en numerosos países. El proceso iniciado por Lutero culminó con la victoria del papado, pero debilitó su poder en el norte de Europa.

A partir del Concilio de Trento, que comenzó en 1545 y se reunió durante casi 17 años, se establecieron nuevas medidas disciplinarias para los sacerdotes católicos, se crearon seminarios para organizar la enseñanza de la fe y se revisaron y afirmaron los preceptos de la Iglesia Católica Apostólica Romana.

Además, se potenciaron las acciones de antiguas órdenes católicas como los Carmelitas descalzos, o la Compañía de Jesús, cuyo carisma en pos de la pobreza terrenal y la cercanía a los creyentes más necesitados equilibraba la balanza frente a las críticas de riqueza de la aristocracia papal.

RENACIMIENTO, HUMANISMO Y CONTRARREFORMA

por José Ortega y Gasset

«El otro Renacimiento, el de los humanistas y Erasmo era un *retroceso* más allá de la Edad Media – a los antiguos *en cuanto primitivos*. Por eso no se redujo a un retorno a los romanos y griegos, sino también al primitivismo hebreo. Y, en religión, al evangelio primigenio, saltándose la Iglesia con toda su historia. Nietzsche vio muy bien que Lutero y el protestantismo era sobre todo “primitivismo”. No había en todo aquello una voluntad de ir adelante y crecer, sino de contraerse, primitivizarse, puerilizarse –en suma, una involución del organismo adulto hacia el feto. El Humanismo apenas contiene, hasta Vives, gestos sustanciales hacia el porvenir. Los *humanistas* son meros gramáticos de lenguas muertas sidas. Eran traficantes de momias, y mucho de ellos, en sus personas, nada recomendables.

A finales del siglo XIX y en el primer cuarto del XX fue “opinión reinante” en Europa ostentar gran beatería hacia el Renacimiento y el Humanismo que impidió ver bien lo que estos habían sido. En el pensamiento los renacentistas rompen, sí, con el escolasticismo pero fulleramente, pasionalmente, sin saber por qué, sin razones o con la mera razón de “porque sí”. En última instancia y la única algo justificada, por hartazgo, por aburrimiento. La filosofía del Renacimiento no es tal filosofía, sino un “hacer que se hace” y un puro lío. [...]

El Humanismo, sobre todo las primeras generaciones de él, coaguló en un inmenso panfleto tan poco interesante que no flora en el recuerdo de las gentes y solo lo conocen los eruditos. [...] El escolasticismo, el goticismo, la Iglesia medieval eran ya cadáveres. Que hacía falta otra cosa era indudable. Pero el Humanismo no fue una cosa, sino el mero aspaviento de una cosa. En qué consistía la verdadera cosa apareció claro cuando Galileo por un lado y Descartes por otro surgieron. *Eso* era el auténtico renacimiento. En el Renacimiento no había habido más que un verdadero filósofo: Giordano Bruno, el magnífico frailazo. Por eso todos estuvieron contra él.

El Renacimiento fue un verdadero hervidero de gérmenes muy distintos en dirección y en calidad. No se encuentra en él más que dos notas generales: su carácter subversivo o, por lo menos, insolente y el predominio de una tonalidad inauténtica en lo que se dice, se hace y se quiere ser. El rasgo que se ha considerado saliente –el estudio de los Antiguos– es el menos precisable porque desde el siglo XI la vida intelectual de Occidente es una progresiva absorción de los clásicos.

Por eso, este nuevo aspecto del Renacimiento nos obliga a rectificar también la idea reinante desde hace un siglo sobre la Contrarreforma. Ya el nombre denuncia la parcialidad del juicio. Supone que lo positivo era la Reforma y que lo otro fue mero "contra". La verdad es lo inverso. El movimiento de la Contrarreforma no fue sino lo más natural del mundo. El descreimiento del siglo XV y hasta 1530, era inauténtico socialmente y, por tanto, históricamente. Era un "juego" como lo fue casi todo el Renacimiento. Se jugaba a ser esto o lo otro. Aquí hablo del Renacimiento precisado como Humanismo.

La Contrarreforma fue el ajuste de los tornillos flojos en el alma europea que obligó a que las gentes todas tomaran contacto con su recóndita autenticidad. Una de las cosas más esclarecedoras de ambos movimientos es el estudio de los retroefectos que la Contrarreforma produjo sobre el propio Protestantismo. Sin aquella, este se hubiera disipado y perdido en absoluta dispersión de las personas y las doctrinas. [...]

Donde sí causó daño la Contrarreforma fue precisamente en el pueblo que la emprendió y dirigió, en España. Que en España originase un menoscabo del que no hemos vuelto a restablecernos se debió a la articulación de lo que la virtud y la grande operación de la Contrarreforma: aportar una rigurosa regimentación de las mentes y, en este sentido, una disciplina que contenía a estas dentro de sí mismas impidiendo que se convirtiesen en un edificio compuesto nada más que de puertas y ventanas –con una enfermedad terrible que se produjo en nuestro país coincidiendo, de modo sorprendente, con la cronología del Concilio de Trento, órgano de aquella. Esta enfermedad fue la hermetización de nuestro pueblo hacia y frente al resto del mundo, que fue la verdadera causa del que perdiésemos nuestro Imperio. Yo le llamo "tibetanización" de España. El proceso agudo de esta acontece entre 1600 y 1650. España era el único país que no necesitaba Contrarreforma, sino que esta le sobraba. En España no había habido de verdad Renacimiento ni, por tanto, subversión.» [Ortega y Gasset, José: "La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva" (1958). *Obras Completas*. Madrid: Revista de Occidente, vol. VIII, 1962, p. 352 ss]

[Impressum](#) | [Datenschutzerklärung und Cookies](#)

Copyright © [Hispanoteca](#) – 2022 – Alle Rechte vorbehalten